

FENÓMENO LITERARIO

Knausgård, en carne y hueso

► El aclamado escritor noruego publica 'Tiene que llover', quinta y penúltima entrega del ciclo 'Mi lucha'

ELENA HEVIA
BARCELONA

Hay un significativo cambio físico en el Karl Ove Knausgård (Oslo, 1968) que visitó Barcelona hace cuatro años coincidiendo con el segundo volumen de *Mi lucha*, su mastodóntico proyecto memorialístico. El Knausgård de entonces tenía el aspecto de un perdedor desaliñadamente atractivo, que se tomaba su tiempo para reflexionar sobre los aspectos más escabrosos de su obra: de cómo describió pormenorizadamente las borracheras de sus fallecidos padre y abuela e intuyó las de su suegra -todavía viva-, de sus propias inseguridades íntimas de varón escandinavo, de su descarnada sinceridad ante los hechos y los sentimientos, incluidos los más mezquinos.

El Knausgård que ayer presentó en el Kosmopolis el quinto tomo del ciclo, *Tiene que llover* (Anagrama / L'Altra), bronceado y con americana, vikingo pasado por Gucci, nimado por la aureola de su fama planetaria de fenómeno literario, es ahora mucho más autoconsciente de su imagen. De ahí la portada, en la que dirige al lector sus inquisitivos ojos azules como una *rock-star*. Incluso sus maneras han cambiado. No, no se ha vuelto caprichoso, pero sí ha ganado en seguridad -tantas veces ha tenido que responder a lo mismo- e incluso hace gala de cierto humor noruego.

Tiene que llover da cuenta de los 14 años que el autor vivió en Bergen, una pintoresca ciudad pesquera donde, obviamente, no hace otra

cosa que llover y en el que retrata sus años de formación, no sin ahorrarse sus escarceos con la delincuencia: «Este libro sigue el proceso de cómo llegué a convertirme en escritor. De los años en los que luché por ello a toda costa sin conseguirlo porque no hacía otra cosa que plasmar en el papel las voces y las experiencias de los autores que me gustaban y el resultado no me re-



Karl Ove Knausgård
ESCRITOR

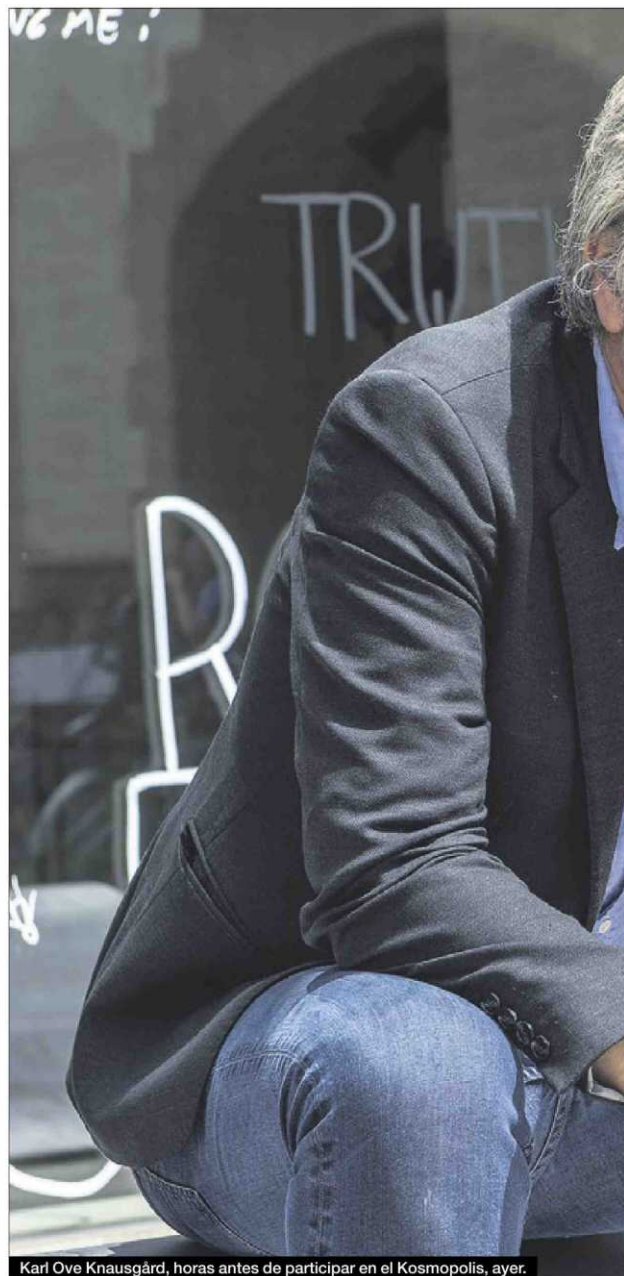
«Sencillamente, dejo de escribir cuando lo que recuerdo duele demasiado. En ese punto me obligo a detenerme»

«Al cumplir 40 años, unos deciden subir una montaña, otros montar en kayak. Yo quise escribir sobre mi padre»

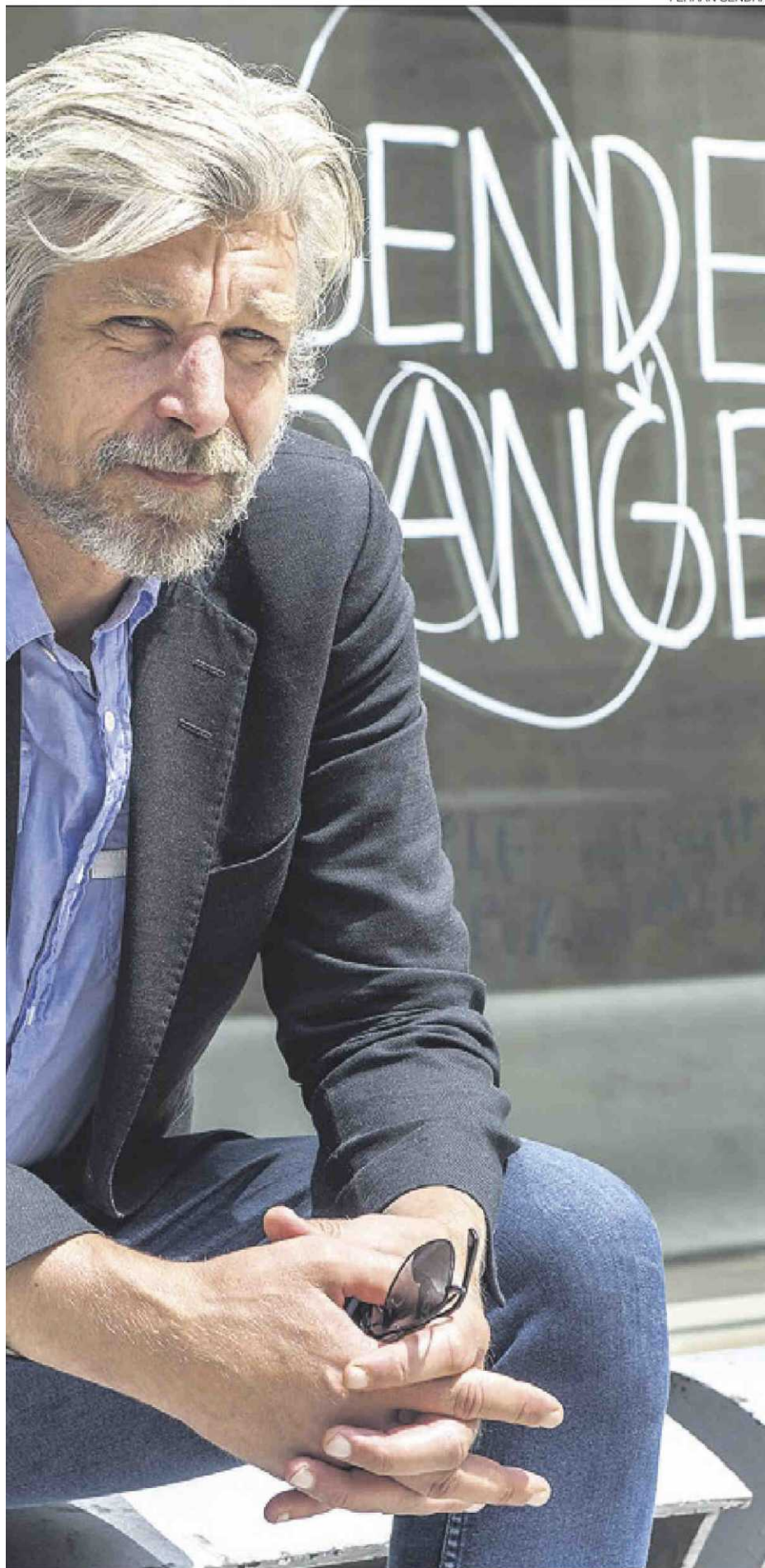
presentaba en absoluto. Hasta que comprendí que lo que tenía que hacer no era desaparecer sino volver a mí mismo».

SIN LÍMITES / En ese reconocimiento y reconcentración del yo, sin ahorrarse las humillaciones es el más puro estilo Knausgård, ha tirado con bala contra sí mismo. Ninguna objeción. Pero también ha aireado la intimidad de su familia. En el tercero, cuarto, y este, el quinto, en los que relata su infancia y juventud, hay más consciencia de que esa sinceridad brutal puede dañar a los demás y se contuvo. «En el sexto y último libro en el que cuento las consecuencias de todo lo que he escrito, vuelvo a una crudeza descarnada». ¿Merece la pena? Desde luego hay que tener una vocación férrea, no hasta el punto de preferir el libro a su vida o la vida de los demás, apunta, pero sí necesita sentir que no hay límites. Aunque finalmente confiese que sí los tiene: «Sencillamente, dejo de escribir cuando lo que recuerdo duele demasiado. En ese punto me obligo a detenerme».

Pero para Knausgård el umbral del dolor es bastante alto. Hace dos años, cuando llegó a EEUU bajo palio, bendecido por Zadie Smith, Jonathan Lethem y Jeffrey Eugenides, este último lo invitó a comer y el encuentro no fue excesivamente fluido, hasta el punto de que Knausgård, como relató después en una crónica, no cruzó palabra con él. El noruego ríe nerviosamente cuando se le pregunta por aquel momento: «Yo creo que mi relación con Euge-



Karl Ove Knausgård, horas antes de participar en el Kosmopolis, ayer.



nides sigue siendo buena. No nos hemos encontrado recientemente pero nos hemos enviado unos cuantos mails». De ser así, al autor de *Las vírgenes suicidas* se le debe haber pasado el cabreo que supuso la descripción de aquel encuentro, ya que envió a Knäusgård el siguiente mensaje: «Disculpa que te invitara a cenar. No hace falta que contestes a este correo».

¿Es necesario decir que en su país, donde uno de cada cinco noruegos ha leído sus libros, es un tipo muy seguido por los medios que han diseccionado a placer su vida privada, más aún de lo que él lo ha hecho en sus obras? El último capítulo ha sido la separación de Knäusgård el pasado mes de noviembre de su segunda mujer y madre de sus cuatro hijos, la escritora Linda Boström. «Las circunstancias más nimias de mi vida, si me corto el pelo o me compro una casa, han sido recogidas en los periódicos. Al haber abierto la puerta de mi intimidad, ha sido muy difícil preservarla. Pero, en fin, yo soy un poco autista y desde luego no leo nada de lo que se publica de mí».

La plusvalía en la plasmación de la realidad no es algo anecdótico. Lo que persigue el autor, con un estilo que mezcla con sabiduría hiperrealista los detalles más insignificantes con los hechos importantes, es saber quién realmente es y cuánto se parece a aquel padre autodestructivo y alcohólico. «Cuando se cumplen 40 años, unos deciden subir una montaña y otros montar en un kayak, yo me puse a escribir sobre mi padre. Pero cuando fui padre, me di cuenta de que el objetivo era yo mismo».

EL PESO DE LA FAMA // Tanta intensidad en el ego no le impide contestar con modestia a la pregunta de su editor de cómo ha reaccionado íntimamente a la experiencia brutal de verse convertido en un crac de la literatura universal. ¿Se ha despertado alguna vez tras una pesadilla que le indica que todo esto es un enorme malentendido? «La fama es bastante incómoda. Suelo preguntarme si mis libros son buenos y en ocasiones releo algunas páginas para enfrentarme a la percepción que tienen los demás de mí. Eso es algo difícil de gestionar. Además, es sabido que el éxito no tiene nada ver con la calidad». ≡